

Barcelona. Agosto 76

HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ÉLLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
calle de Robador, núm. 24 y 26.  
1876.

Cuaderno 4.

L47  
1725

# DE LAS PERSERECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE EN SU INTERIOR DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE LAS PERSECUCIONES QUE SUFRIERON EN LOS SIGLOS XVI Y XVII EN LOS REINOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL, LA HISTORIA DE LOS PERSECUTADOS Y DE LOS PERSECUTORES, LOS RECURSOS EMPLEADOS POR LOS PERSECUTADOS PARA SU DEFENSA, Y LOS RESULTADOS DE LOS JUICIOS QUE SE LE CELEBRARON. EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUINIENTOS, EN EL SIGLO ACTUAL.

UNA ESCRITA POR

D. Eduardo María Viñaza y D. José Libeloso Gascón

## EL REMORDIMIENTO

CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

Cuaderno A.

cadora de la gloria de Dios. Los muros de Jerusalem caen, y el pueblo cautivo es arrastrado y dispersado por regiones enemigas.

Sobre aquel vasto campo de ruinas, en medio de aquellas sombrías soledades que sustituyeron á la animacion y bullicio del pueblo escogido, Jeremías deja oír sus tristes lamentos. Gime el Profeta, cubierta de ceniza la cabeza, llora solamente de que sus profecías hayan sido una verdad. «¡Cómo está sentada, solitaria, exclama, esta ciudad poco há henchida de



JESÚS EN EL CAMINO DE LA EXPATRIACION.

pueblo! La señora de las naciones está hecha semejante á desaliñada viuda; la tristeza llena su corazon, el luto cubre su frente; llora, Sion, porque nadie viene ya á tus solemnidades. ¡Ay! sus puertas están derribadas, gimen sus sacerdotes, desoladas se hallan sus vírgenes. El enemigo penetró en su santuario, y se llevó sus tesoros. Escuchad sus sollozos. Vosotros, viandantes, considerad mi afliccion, decidme: *¿Hay dolor comparable á mi dolor...?*

«Justo es el Señor, pues que yo, rebelde contra sus órdenes, le irrité. Pueblos todos, oid,

os ruego, y considerad mi dolor; mis doncellas y mis jóvenes han sido llevados al cautiverio...»

¿Era este el tiempo de la abyeccion que esperaba el Mesías para redimir á su pueblo, ó no era todavía bastante negro su estado? No, no lo era. El mismo Profeta lo consignó; de todas las cosas tristes y conmovedoras que puso en labios de Sion desolada, la tristísima palabra es esta: «Estoy yo llorando, y son mis ojos fuentes de agua, *porque está léjos de mí el Consolador...*»

El cautiverio de los judíos debió durar setecientos años, tiempo suficiente para que la generacion pecadora desapareciera, y se constituyera otra generacion lavada en arroyos de lágrimas.

Zorobabel y Esdras reanimaron al pueblo abatido, y volvieron á conducirlo á Sion. El templo fue reedificado, el culto restablecido, la ley recuperó su imperio, y la piedad tuvo por pábulo el recuerdo del cautiverio babilónico.

Todavía Judá podia admirar al mundo con las proezas de los Macabeos, hijos de Mathatías. Sus victorias, alcanzadas mas bien por los ángeles invisibles que peleaban con ellos que con la visible energía de sus espadas, son la admiracion de cuantos leen y meditan la historia.

«Ninguna de las familias reales que mas gloriosamente han reinado escedió en grandeza á la de los Macabeos, estos graves y bélicos genios, que realizaron los mas bellos sueños de la musa épica, invencibles vengadores de Jerusalem, sus poderosos consoladores y sus atrevidos y rápidos vengadores. ¡Oh! ¡cuántos brillantes recuerdos suscita el nombre de los Macabeos!!! ¡este nombre significa el patriotismo en su mas santa energía, la bravura en su mas heróico entusiasmo, la gloria en su mas celestial pureza! No faltan, por cierto, en los anales de Israel actos de valor, mas los hijos de Mathatías, salvadores de su país, forman una epopeya aparte en la historia del pueblo hebreo (1).»

Gracias á los esfuerzos de aquellos venturosos caudillos, Israel unificado vió renacer la prosperidad de sus antiguos dias. Las naciones que en tiempo del cautiverio se habian olvidado de las íntimas relaciones de amistad sostenidas con la casa de Judá, volvieron á establecer pactos con ella. Jeremías habia dicho de Jerusalem: «Entre sus amantes no hay quien la consuele; todos sus amigos la han despreciado y se han vuelto enemigos suyos.» Simon Macabeo pudo trocar en himno aquella lamentacion: «Rebosa, Sion, de alegría, pudo decir, por cuanto ya vuelven á acordarse de tí los que te habian olvidado; cesaron de despreciarte los que te veian en el cautiverio; volvieron á sonreírte y acariciarte tus antiguos amantes que te despreciaron.»

Desde Salomon no habia tenido el pueblo de Dios dominios tan estensos; sus relaciones mercantiles y políticas cási igualaron al período de su máxima pujanza. Los pueblos tributarios que habian sacudido su soberanía se le inclinaron otra vez. Egipto le tendió la mano; Grecia, segun Clemente de Alejandría y Orígenes, volvió á estudiar sus doctrinas, y se sintió en sus escuelas la influencia del dogmatismo judáico. De todas las regiones de Oriente vinieron al reconstruido templo fervorosos peregrinos á rendir homenaje al Dios verdadero.

¿Sostendrá Israel regenerado la nueva grandeza que conquistó mas con la fuerza de sus virtudes que con el ímpetu de sus armas?

No.

La prosperidad aflojará la consistencia de su fe. El pueblo olvidará las causas de su pasada decadencia, y las semillas de las malas doctrinas y de los pésimos ejemplos, que recibieron y vieron en Babilonia producirán cosecha abundante de errores y de inmoralidad.

Empieza el descenso definitivo de Israel.

Dos sectas trabajaron de consuno para quebrantar la unidad religiosa y política, reconstituida por los Macabeos.

Los fariseos, adheridos á la letra y no al espíritu de la ley, se distinguieron por una se-

(1) Poujulot, *Historia de Jerusalem*.

verdad de costumbres exagerada. Creyéndose los únicos que comprendían la santidad y la virtud, despreciaban con orgullo á los que no querían amoldarse á sus caprichosas observancias. Todo para ellos consistía en la exterioridad religiosa. La ley, tal cual prácticamente la interpretaban aquellos sectarios, era una ridiculez incompatible con la dignidad humana. Sus creencias no eran del todo ortodoxas. Admitían una especie de metempsícosis; defendían la trasmigración de las almas buenas, y el estancamiento, digámoslo así, de las malas. Aquella pregunta dirigida en cierta ocasión á JESUCRISTO, sobre si era Elías ó algun otro de los grandes profetas, era inspirada por el espíritu farisaico. La acción de aquella secta dividió los ánimos del pueblo santo, y contribuyó á desvirtuar la influencia de la ley de Moisés.

Los saduceos formaron una secta todavía mas perjudicial; eran aquellos los epicúreos de su tiempo. Negaban la inmortalidad del alma, interpretaban con un criterio materialista las Escrituras y sentaban principios y máximas favorables al sensualismo desenfrenado.

Muchos personajes distinguidos de la Judea se afiliaron á la bandera saducea; la moral que se apoyaba en sus negativas doctrinas era laxa. De ahí que las conciencias ennegrecidas por la concupiscencia ó por la avaricia, se refugiaban en una secta que en cambio de un símbolo oscuro y acomodaticio les concedía una completa impunidad para el crimen.

Los fariseos y saduceos mantuvieron la agitación en el pueblo judaico, y abrieron la puerta á relajaciones y desórdenes que fueron fatales á aquella nación.

Las antiguas luchas de Roboam y Jeroboam se reprodujeron. Hircano y Aristóbulo disputáronse la corona real y la mitra sacerdotal; encendiése la guerra fratricida en aquel país desventurado. Jerusalem iba á caer definitivamente en la desgracia.

Roma acechaba de continuo los pueblos enflaquecidos, para fundir todos los cetros y todas las coronas en un cetro universal y en una corona única. Las divisiones de Judá le ofrecieron ocasión propicia para anexionar la tierra santa á su imperio idolátrico.

Esta palabra profética de Zacarías fue cumplida á la letra: «Retumban los aullidos de los pastores, porque destruida ha sido su grandeza; resuenan los rugidos de los leones, porque ha sido quebrantada la hinchazón del Jordan. Esto dice el Señor mi Dios: Apacienta estas ovejas del matadero; sus pastores las vendieron, sus dueños las degollaron. Por esto yo no perdoné á los habitantes de esta tierra, yo abandonaré estos hombres cada uno al poder del vecino, y en poder de su Rey, y su país quedará asolado y *no los libraré* de las manos de ellos.

«Yo haré de Jerusalem un lugar de embriaguez para todos los pueblos circunvecinos: y aun el mismo Judá acudirá al sitio contra Jerusalem (1).»

Sorprendente ilación de hechos. «La nación judía que, después de haber sido servida por el Egipto, la Fenicia, la Asiria, la Persia y la Grecia vió caer uno tras otro aquellos grandes imperios, permaneciendo sola en pié, rodeada de los majestuosos escombros de aquellas grandezas, toca ya con la mano la frontera de su poderío. La que rebosaba soberano desde hacia los gentiles, hállese embriagada de amor y entusiasmo por la gentilidad cuando siente la opresión del extranjero yugo. Truécase entonces la rectitud y acierto de sus sentidos, y ya el Mesías no se presenta á su imaginación sino como un gran conquistador, que en alas del pueblo, levantará á Israel arrojando á sus plantas á las demás naciones: y ¡cosa particular! Israel acaricia estas locas ilusiones de su orgullo, cuando ya no se pertenece á sí propio, cuando la discordia despedaza sus restos miserables, y cuando sabe que su misión ha concluido (2).»

Israel habia descendido hasta al fondo. Antes Babilonia le redujo al cautiverio; Roma le tiene ahora reducido á la nada. Perdido ha su nacionalidad; el César empuña el cetro de David.

(1) Cap. XI y XII.

(2) Le Roy, *Filosofía de la historia*.

Ya no hay profetas. Isaías y Jeremías no se levantan de sus sepulcros para mezclar con sus amargas lágrimas el néctar de una esperanza dulce, aunque de lejana realización. La mano de Roma era inmensamente más fuerte que la de Babilonia; locura hubiera sido contar que la generación venidera alcanzara resucitar la autonomía é independencia del pueblo judío.

Desde la cumbre del templo colocado en el monte de la gloria salomónica se había descendido hasta al fondo oscuro del provincialismo romano.

¿Qué eslabón había aun para descender?

Ninguno.

¿Era hora de que el Mesías descendiera?

Todo indicaba que sí.

¡Oh Esperado! Mira ya cariñoso á tu pueblo; no descendiste en el período de la prosperidad de Israel; descende en el de su abyección! ¡No quisiste que tu cuna fuese envuelta con la gloria de su soberanía casi omnipotente; resignate á nacer en la oscuridad de una dependencia afrentosa!

Desciende, Señor, que tu pueblo no puede descender más.

Lo que de tí David anunció es fácil se cumpla. De todo es capaz ya el israelita abyecto; de perseguirte, de acusarte, de arrastrarte y de crucificarte. Ha apedreado á los profetas, ha perseguido á los justos, ha dejado profanar dos veces el templo, imagen de tu persona.

¿Anhelas persecución? descende, porque el monte Moría, que en tiempo de Salomón hubiera sido, y no podía menos de ser pedestal de tu gloria y de tu adoración, fácilmente se aparejará para ser el altar en que te consume como víctima.

## V.

**Nacimiento de JESUCRISTO.—Alarma de Herodes.—Simeon anuncia las futuras persecuciones del Niño divino.**

Había llegado «la abominación de la desolación,» anunciada por Daniel; la tierra se hallaba constituida en los términos que estaban proféticamente descritos para cuando el Redentor apareciera. Dos libros bastaban para comprender que iba á sonar en el imponente reloj de la Providencia la hora suprema para la salvación del género humano. De la comparación del libro de los Profetas con el de la geografía política y religiosa de Israel y de la gentilidad había necesariamente de brotar la luz de una convicción profunda. Los observadores instruidos veían en la sociedad de aquellos días algo que hacía presentir un grave acontecimiento. El mundo entero esperaba.

El Verbo se encarna en la descendiente de la perseguida y destronada dinastía de David. Mas ni en las entrañas virginales pudo el concebido Redentor disfrutar de paz; ni fue el tranquilo hogar de Nazaret, que era el pueblo donde su Madre habitaba, el sosegado recinto de su nacimiento. Un edicto imperial ordenaba la inscripción de todas las familias del universo romano en la ciudad de su stirpe.

José, siendo de la familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa.

Los últimos días del embarazo de la Madre de Jesús fueron, pues, días de agitación y de cansancio. ¿Nacería el Redentor, cuya caridad inflamaba ya el seno virginal, durante aquella peregrinación, emprendida por respeto y obediencia á la ley?

Todo indicaba que así sería, como en efecto así fue.

Realizóse aquella palabra que estaba escrita : «Tú, Belen, no serás la mínima de las ciudades de Judá, pues en tí nacerá el caudillo que ha de regir al pueblo.»

En Belen habia nacido David, quien estaba guardando los rebaños de su padre Isaí cuando vino Samuel para ungirle la frente; de Belen era Abesan, juez de Israel; pero por muy gloriosos que fueran para Belen aquellos nacimientos, el del Hijo de María debía eclipsar su gloria. En la noche en que la augusta nieta de David dió á luz en una de sus grutas al Verbo encarnado acreditó que no en vano se le habia llamado Belen ó *ciudad del pan*, porque en efecto, del *pan nacido en aquella noche* allí se alimentaran las generaciones católicas de todos los dias; que no en vano se le llamó tambien *Ephrata*, ó sea, *fertilidad, abundancia de frutos*, porque de todos los frutos morales fue semilla el Niño, que en aquella tierra vió la luz primera.

Cuando los dos fatigados esposos llegaron á Belen era, segun antigua tradicion, muy entrada la noche. Los hospedajes públicos, henchidos de viajeros, tenian cerradas ya las puertas; no hubo, pues, lugar para que naciera cómodamente el Salvador de Israel.

Segun san Jerónimo, el lugar en que nació JESUCRISTO era una cueva ó caverna; san Agustin le llama un establo; san Cipriano cree que era una reducida casa, insiguiendo la opinion de los que creen que efectivamente era la casilla de un pobre sugeto, el cual, compadeciéndose del estado de la Virgen, no teniendo habitacion para colocarla, con su esposo, la alojó en el establo de su casa, y en seguida, viendo los prodigios que sucedieron al nacimiento del Infante, les ofreció su propio aposento, lo que concilia perfectamente esta palabra de san Lucas: *Hallareis al Niño envuelto entre pañales*, con esta otra, referente á la adoracion de los Magos: *y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su Madre*.

Mas no corresponde al objeto de este libro entrar en detalles sobre la vida de JESUCRISTO, sino en cuanto estos sirvan para demostrar que realmente fue blanco de todas las presumibles humanas persecuciones.

JESUCRISTO nace y mientras los ángeles, dirigiéndose á los sencillos pastores, les anuncian que se han cumplido las esperanzas de sus padres; que el vaticinado por los Profetas se hallaba en Belen para empezar la Redencion del pueblo: aparece una estrella nueva en Oriente que advierte á los magnates, sábios y poderosos, que se dedicaban especialmente en Persia á las observaciones astronómicas, que algo de extraordinario y raro sucedia.

Hemos dicho que las relaciones políticas y mercantiles, sostenidas por los judíos con los pueblos gentilicos, habian propagado en estos el conocimiento de las creencias y esperanzas del pueblo hebreo. Sabian, pues, los magos de Oriente, que la venida del Redentor del mundo, esperado por Israel, seria anunciada por demostraciones celestiales; y como hombres de instruccion conocian la profecía de las siete semanas de Daniel, y como hombres de cálculo parecióles que habia de ser aquella la época en que, segun la mente del Profeta, el descendiente de David, habia de nacer.

Que los magos admiraban desde el seno de la gentilidad los grandes caracteres de que el Mesías vendria revestido; que conocian las profecías hasta al punto de haberles dado á ellos, ajenos al espíritu judáico, una idea completa de su divinidad, bien lo prueba el acuerdo que tomaron de dirigirse á la Judea en busca del Esperado, llenas las manos de dádivas para depositar á sus piés, como cordial homenaje rendido al Salvador.

Donde naturalmente se dirigieron fue á Jerusalem, centro de la vida de Judea, sede de los pontífices y de los reyes delegados por Roma.

Grata fue al cielo la resolucion de aquellos probos gentiles; y así, dispuso la Providencia que la estrella misteriosa precediera sus pasos, marcándoles desde el firmamento el piadoso derrotero que debian seguir para el divino hallazgo.

Llegados á Jerusalem se dirigieron á su rey, virey ó gobernador régio, que era entonces Herodes, hombre funesto en los anales del Cristianismo, cuya vida detallaremos antes de poner punto final á este artículo. Recibió Herodes á los augustos peregrinos con las considera-

ciones debidas al distinguido rango á que sus maneras y lenguaje indicaban que pertenecian. Explicáronle cómo habian estudiado las profecías de Israel, el movimiento de los astros y las vicisitudes de la historia, y asegurándole que la historia, los astros y las profecías les daban la conviccion profunda de que no podia hallarse lejano el ilustre vástago de David. Que ellos confiaban en su mision, lo mismo que los patriarcas de la casa de Jacob, y que no querian ser los últimos en postrarse á las plantas de Aquel ante quien el universo no tardaria en rendirse. Suplicaron los magos á Herodes, que puesto que en Jerusalem se hallaban los grandes doctores del judaismo les ilustraran sobre el punto probable de aquella tierra bendita en la que pudiera haber nacido el Esperado. Noticia que los peregrinos anhelaban con tanto mas ahinco en cuanto la estrella que hasta Jerusalem les habia acompañado, se desvaneció al pisar ellos los umbrales de la santa ciudad.

Graves fueron las consideraciones que iba sugiriendo en la mente de Herodes la franca y levantada conferencia con los magos. Tambien el virey conocia las profecías y sabia que al cumplirse cambiaria radicalmente la situacion política y religiosa del universo. Creia además, como la mayor parte de los judíos de su tiempo, que el Hijo de David empuñaria espada material, y encendiendo las antiguas guerras, se presentaria con el carácter de conquistador. La idea que preocupó á Herodes, al oír el razonamiento de sus huéspedes, fue la de su destronamiento.

Cuanto mas se convencía de la veracidad de los sentimientos por los magos expresados, cuanto mas evidente se le hacia la solidez de las consideraciones por ellos espuestas, cuanto mas reconocia el criterio y la lógica con que ellos discurrían y hablaban, mas crecia en su pecho la agitacion y la tempestad. Manchadas de sangre estaban ya las gradas de su solio, la pacífica posesion del cetro le costaba la perpetracion de algunos crímenes, horrorizábale, pues, pensar en la posibilidad de encontrarse al frente de un competidor, cuyas victorias tenían por garantía la palabra de todos los Profetas.

Sin embargo, Herodes supo encubrir con disimulo los protervos sentimientos de su alma; llegó hasta fingir alegría y entusiasmo por la nueva que le daban los orientales, y protestando que sus deseos eran ver glorioso y próspero al pueblo santo, ofreció convocar á los ancianos y pontífices para que revelaran lo que saber pudieran respecto al nacimiento del Mesías; y así lo hizo.

Los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, turbados como Herodes, y como Jerusalem toda, al saber la relacion de los magos, deliberaron y resolvieron que Belen era la ciudad de Judá de donde habia de salir el caudillo del pueblo de Israel.

Herodes, llamando en secreto á los magos, averiguó cuidadosamente el tiempo de la aparicion de la estrella, y encaminándolos hácia Belen, les dijo: «Id, é informaos puntualmente de lo que hay acerca de ese Niño, y en habiéndole hallado dadme aviso, para que yo tambien vaya y le adore.»

Notable es la circunstancia de haber Herodes llamado *en secreto* á los magos, como dice el Evangelio, para comunicarles que debían ir á Belen á buscar al Niño y manifestarles que tambien *él queria adorarle*. En efecto, solo *con secreto* y ante personas que ignoraban el espíritu y la vida de Herodes, podia este manifestar deseos de adorar al que de ninguna manera podia convenir se engrandeciera. Proteger al Mesías era secundar la resurreccion del espíritu judaico y preparar la decadencia de la situacion creada por Roma. Adorar el Mesías equivalia, sobre todo, segun la opinion que de su reino Herodes tenia, á contrariar los intereses de su propia casa, y Herodes era incapaz de sacrificar ni el mas pequeño óbolo de su fortuna, ni el menor destello de su gloria en aras de la verdad y de la justicia, ni siquiera de la augusta y viva representacion de ambas supremas cosas.

En aquel dia Herodes tomó la firme, la inquebrantable resolución de perseguir astuta y eficazmente al Niño, en cuyo favor tuviera las circunstancias de que los Profetas anunciaron que el Salvador vendria rodeado.



Quedó, pues, esperando el regreso de los magos para saber detalles sobre el Niño, que suponían recién nacido, para en vista de las seguras nuevas, adoptar terribles y certeras medidas.

Los orientales salieron de Jerusalem, satisfechos del recibimiento que Herodes les había dispensado, bien que altamente sorprendidos de que los príncipes de los sacerdotes, los descendientes de los Profetas no hubieran advertido los prodigios obrados por el Señor en aquellos días.

Es que aquel pueblo había perdido el espíritu de sus tradiciones, y el cielo no se comunicaba con él como en tiempo de sus virtudes.

Grande fue la alegría de los fervorosos caminantes cuando al salir de la ciudad vieron reaparecida la estrella. ¿Qué habrá hecho Jerusalem, se preguntaban, para que el Señor se niegue á derramar sobre ella el resplandor de su celestial luz? y luego, instruidos como eran, recordaban las pasadas ingratitudes de Sion, consignadas en los santos libros y decían entre sí: «el Señor no lo habrá olvidado.»

La estrella se paró sobre la cueva ó casa donde Jesús estaba, y los magos entraron en ella, y encontrando al Niño con María su Madre, postráronse, le adoraron, y le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Supieron allí que los pastores les habían precedido en sus adoraciones.

Los generosos adoradores del Verbo encarnado recibieron en sueños aviso de que no convenía regresaran por Jerusalem, por cuanto Herodes abrigaba proyectos siniestros. Volviéronse, pues, por otro camino, según las inspiraciones del cielo. Ellos fueron los ángeles que anunciaron al Oriente el grande suceso de Judea, mientras es probable que Herodes, cuyas adulaciones al César llegaban hasta la indignidad, lo anunciaría bajo su punto de vista á los magnates del imperio. El universo iba, pues, instruyéndose.

Digno de notarse es que JESUCRISTO tuvo un *perseguidor* en el mismo instante que Jerusalem supo su llegada á la tierra. El proyecto de su persecucion se trazó en el momento mismo de saberse el proyecto de su *adoracion*. Mientras unos pensaban en adorarle, otros resolvieron matarle.

JESUCRISTO nacido fue, pues, JESUCRISTO perseguido.

Sabemos que existen divergencias sobre la fecha de la presentacion de los magos; creen unos que aconteció esta antes que María llevara á Jesús al templo, mientras otros suponen que fue mucho tiempo despues aquella piadosa y opulenta adoracion; de todos modos, antes que la persecucion se declarara, tuvo lugar un hecho que manifestó el carácter de perseguido con que Jesús se presentó al mundo.

Vámonos al templo de Jerusalem para oír allí tremendos anuncios sobre el destino del Hijo de María.

La familia terrenal del Redentor se distinguió siempre por el mas religioso cumplimiento de los preceptos religiosos y por la mas puntual observancia de las piadosas prácticas. Sabían María y José que aquel Niño no estaba obligado á las leyes expiatorias de Moisés, porque exento de toda culpa estaba tambien exento de toda pena; quisieron no obstante sujetar al Hijo á la cruda ley de la circuncision, por mas que aquel doloroso derramamiento de sangre abriera en sus corazones sencillos vivísima herida.

Y como otro precepto legal era el de la presentacion de las recién paridas al templo para purificarse ante el altar, llegado el período señalado, tomó María en sus brazos á Jesús, y lo condujo á Jerusalem.

«Había á la sazón en Jerusalem un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, el cual esperaba la consolacion de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. El mismo Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo del Señor.

«Así vino inspirado de Él al templo. Y al entrar con el niño Jesús sus padres, para practicar con Él lo prescrito por la ley, tomándole Simeon en sus brazos, bendijo á Dios di-

ciendo: ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, supuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel.

«Y á María su Madre le dijo: mira, este Niño que ves está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el *blanco de la contradiccion*, lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma (1).»

No puede darse un programa mas explícito de lo que iba á ser la vida del Redentor: cuanto nosotros pudiéramos decir lo comprendió aquel venerable anciano en esta palabra: «este Niño será el blanco de la contradiccion.»

Esta es la historia de antemano compendiada; la filosofia de la historia, es decir, la expresion de las causas de aquellas contradicciones características, la expresó el mismo anciano con igual precision y lo consignó en esta frase: «Está destinado á ser ruina y resurreccion de muchos en Israel.»

Aquellos cuyo poder, cuya influencia, cuyas inmoralidades vino Jesús á arruinar, fueron los que concertándose se levantaron contra Él para evitar su, por otra parte, irreparable ruina.

Grandes cosas habian oido las bóvedas de aquel templo santo; grandes verdades se habian anunciado en aquel lugar, pero ninguna vez tan imponente, tan penetrante, tan terrible desde Salomon se habia levantado como la de Simeon diciendo: *este Niño*,—es decir, aquel del cual era sombra la gloria de David, es decir, Aquel al que invocaban y adoraban las generaciones de Judea en todas sus ceremonias y sacrificios, aquel Niño, que por primera vez entraba en el templo levantado en honra suya, aquel Niño, que ya estaba allí,—*será perseguido*, y mas que perseguido, será *blanco de las persecuciones*.

Aplazando para otra ocasion la historia de aquel templo, veremos con qué prontitud empezaron á realizarse los anuncios de Simeon.

María tomó otra vez en sus brazos al Niño, y con la herida profunda abierta en su alma por la voz de aquel Profeta, regresó á su hogar.

¿Podrá disfrutar allí de paz? ¿durará mucho el plácido sosiego en el seno de la santa familia?

Veámoslo.

## VI.

Persecucion de JESUCRISTO por Herodes.—Herodes.—Degüello de los inocentes.

Herodes, viendo defraudadas las esperanzas que habia concebido de que los magos le enterarian del lugar y condiciones del nacimiento del Mesías, lleno el pecho de furor empezó una minuciosa investigacion. Nunca faltan exploradores á los príncipes; Judá tenia en aquel tiempo su policia secreta como los poderes de hoy, aun que tal vez no elevada al rango de una institucion como en los presentes tiempos. La vida del augusto Infante se hallaba seriamente amenazada, discurriendo segun el humano criterio; y la Providencia, que todo lo dispone de suave manera, queria aplazar el sacrificio del Hombre-Dios. Era preciso que la verdad encarnada conversara con los hombres, los instruyera en la recta doctrina y los educara segun los preceptos de la ley santa. El Niño divino debia salvarse hasta que, llegando á la edad de varon perfecto, se hubieran cumplido una á una todas las profecías referentes á su persona.

Sin embargo, Herodes hizo todo lo que es capaz de sugerir á una alma pervertida la ambicion ilimitada.

Herodes fue el primer perseguidor declarado de JESUCRISTO.

(1) Luc., II.

Veámos cual fue su vida, para que los perseguidores actuales se miren en el espejo de aquella conciencia depravada y vean de qué héroes son sucesores, ó en qué tipo y segun qué ejemplar han sido hechos.

Pocos hombres públicos han alcanzado una prosperidad rápida y colosal como Herodes el Ascalonita. Apenas contaba la edad de veinte y cinco años que obtuvo el gobierno de Judea á causa de sus íntimas relaciones con Casio y Bruto. Marco Antonio le propuso al senado romano para rey de los judíos, para cuya dignidad fue elegido en el año 714 de Roma. Herodes tenia un temible competidor del reino en Antigono, el que fue condenado á muerte por las intrigas de aquel.

Casó con Mariámina, á cuyo hermano Aristóbulo confirió el titulo de gran sacrificador, al que mas tarde, á causa de infundados celos, hizo ahogar; en el año 724 condenó á muerte á Hircano, su abuelo, á pesar de su ilustre nacimiento y de su ancianidad respetable.

Derrotado Antonio, su protector, en la gran batalla de Actium se presentó á Augusto, que se encontraba en la isla de Rodas, del que obtuvo la confirmacion de su dignidad de *Rey de Judea*. Al regresar á Judea, despues de haber sacrificado á algunos amigos en aras de sus pasiones, hizo perecer á su esposa, á la cual habia estimado con frenético cariño. Este atentado escitó en su corazon una especie de furor contra todo lo que le rodeaba, y una loca aversion de sí propio. Dispuso que su servidumbre llamara á Mariámina, como si viviese aun y que se le reservara lugar distinguido en todos los actos domésticos y públicos. Devorado por consumidora fiebre cayó gravemente enfermo. En sus delirios evocaba los manes de su esposa sacrificada. Al recobrar la salud se le hizo insoportable la presencia de Alejandra, madre de su esposa, y determinó deshacerse, por medio de un nuevo homicidio, de aquella figura, que le recordaba continuamente su crimen perpetrado.

Josefo, el historiador, dice, que Herodes dispuso reedificar el templo; mas en cambio construyó en honor de Augusto un anfiteatro en el que cada diez años celebraba en obsequio de aquel Emperador, que él llamaba divino, combates y simulacros en los que perecian multitud de gladiadores. Complacian á Augusto tamañas demostraciones, y así fue que en su segunda visita á Siria el Emperador sujetó tres nuevas provincias al mando de Herodes. Reconocido este á los favores de Augusto llevó su impiedad hasta edificar y consagrar un templo á su protector en la Traconitida, elevando á la *nueva divinidad* una estatua colosal como la de Júpiter Olimpo. La familiaridad de Herodes con Augusto llegó al grado mas íntimo.

Sus hijos Alejandro y Aristóbulo formaron parte de la corte del gran Emperador. De regreso de Roma estos sus dos hijos no pudieron librarse del furor de su padre, quien presutando oído á las calumnias contra ellos levantadas por varios enemigos, los sacrificó bárbaramente. Dícese que al saber Augusto este nuevo rasgo de crueldad exclamó: «Preferible es ser cerdo de Herodes que hijo.»

Consumido por el enojo y la ambicion cayó nuevamente enfermo, y esta vez de tal gravedad, que los judíos creian inevitable su muerte, razon por la cual algunos jóvenes piadosos del pueblo, escitados por los doctores de la ley Judas y Matías, destrozaron el águila de oro que aquel príncipe habia colocado en el atrio del templo, contraviniendo á las prescripciones sagradas de Moisés. Desgraciadamente para aquellos jóvenes Herodes vió restablecida su salud, y en uno de los trasportes de ira que le eran habituales, mandó echar á la hoguera á los autores de aquel acto, que consideró como un desacato grave al imperio.

La vida de los hermanos no tenia valor alguno para el mónstruo, que supo contemplar impasible el asesinato de su abuelo, de su esposa, de su suegra, de sus hijos y de sus mas íntimos amigos. ¡Tanta era la sangre que chorreaba de las manos del que, en nombre de un imperio extranjero, empuñaba el cetro del manso David y del pacífico Salomon! ¡Tales eran los rasgos característicos del gobernador de Judea al nacer JESUCRISTO! ¿Qué no debia temerse de aquel carácter sanguinario? Todo.

Pervertido completamente su espíritu, petrificado su corazon, no teniendo por guia sino

el sórdido del interés, Herodes, que con la repetición de los crímenes homicidas había impuesto silencio á su conciencia, se sentía dispuesto á perpetrar cualquiera barbaridad para permanecer en el trono á que había llegado por el camino de la villanía y de la bajeza.

Buscar el Mesías para derramar su sangre y acrecentar el charco formado á sus piés por la de sus parientes, esposa, hijos y amigos fue el objeto de sus preocupaciones desde su conferencia con los magos.

El ángel del Señor velaba no obstante por la conservación de la vida preciosa del Mesías; sus alas extendidas sobre el sagrado hogar formaban la celestial techumbre que abrigaba aquellos tres corazones, modelos de virtudes. No sospechaban que apenas nacido el Hijo del cielo, ya tuviera en la tierra quienes meditaran su exterminio; aunque siendo por decreto del Eterno todo lo que en Nazaret acontecía, bien podía vivir tranquila aquella familia augusta, en la que estaba depositada todo el valor de la Redención humana.

En el silencio de una noche, cuando el laborioso esposo de María descansaba tranquilo de los trabajos de la jornada, el ángel se le aparece para decirle: «Levántate, toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle.»

Así el Redentor de Israel, Aquel que había descendido entre los hombres para constituir en la tierra la patria tranquila y feliz del género humano, se veía obligado á dejar su propia casa, su propio país y á sufrir esta pena profunda que se llama *expatriación*.

Ya bajo cierto punto de vista se había expatriado del cielo Jesús; ya había descendido del cielo, patria de la gloria, para vestir la para Él extranjera forma de la humanidad; y para ello había escogido la tierra de aquellos patriarcas que tanto habían invocado su venida y de aquellos profetas que tan detalladamente le habían descrito á fin de que la generación que le viera le reconociera y le adorara; y sin embargo, aquel país le rechaza, los descendientes de aquellos patriarcas le ven y no le conocen, y como el hijo de Jacob, para no ser esclavizado y muerto por sus hermanos, debe ser transportado al idólatrico Egipto.

Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes, de suerte que se cumplió lo que dijo el Señor por boca del Profeta: «Yo llamé del Egipto á mi Hijo.»

Como Moisés, JESUCRISTO tuvo en Herodes un Faraon tiránico, que atentó contra su vida, atentando contra todos sus compatriotas y coetáneos. Aquel decreto del rey de Egipto: «Todo varon hebreo que naciere echadlo al rio,» fue el modelo de aquel otro decreto del rey de Judea: «Todo niño judío, cuya edad no esceda de dos años, será degollado.»

Mas así como á pesar de haber muerto miles de hebreos, se salvó en frágil cestilla el libertador de Israel, también se salvó el Libertador del mundo, á pesar del bárbaro y universal degüello de infantes por Herodes decretado.

De todos modos el cuadro de la degollación de los niños inocentes sintetiza lo que enfurecía á Herodes la idea del menor quebranto que su cetro y sus intereses podrían correr, y todavía es preciso reconocer en el mismo cuadro algo mas trascendental y significativo para el porvenir del Cristianismo, que iba entonces á fundarse.

¿Puede darse programa mas elocuente y expresivo de las persecuciones que esperaban á la nueva Iglesia que el de un grupo de millares de inocentes, arrebatados de los brazos de sus madres y degollados en aras ¿de qué principios? de ningún principio, ¿de qué intereses públicos? de ningún interés público; degollados en aras de un interés privado, en aras de las pasiones de un déspota?

Niños fueron las víctimas escogidas por Herodes, para que nadie pudiese dudar de su inocencia; niños, á fin de que la inocencia manifiesta en ellos revelara de antemano el fondo de todos los procesos que en los siglos venideros debían formarse contra el Cristianismo.

Al leer las grandes persecuciones que ha sufrido la Iglesia de Dios; al recordar y experimentar los tremendos combates que son el patrimonio de su vida social, trasládase la imagi-

nacion al oriente del Cristianismo, y ante el espectáculo de los infantes degollados solo porque JESÚS no viviera, comprende el alma cuán inveterado es el móvil entre las pasiones indignas y las santas virtudes; entre los que son en la tierra personificacion miserable del egoismo y Aquel que vino á dar testimonio glorioso de la verdad y á robustecer el débil cetro de la justicia.

Degollaron á los niños para que no viviera JESÚS, ¡cómo, pues, no degollarían á los hombres justos que se propusieran establecer, sostener y propagar el reinado de JESÚS!!!

La insaciable ambicion del egoismo cubrió de luto al pueblo hebreo, llenó de amargura, ó mejor, traspasó de afliccion el alma de las madres, ensangrentó los hogares judáicos y presentó á la historia la mas horrorosa hecatombe, producida por el ciego delirio de los adversarios de la regeneracion humana, ¡qué puede concebirse mas desastroso y repugnante! Y sin embargo la historia del Cristianismo es un drama compuesto de escenas de índole tan lastimosa como la de aquel degüello.

No sin misterio fue por la Providencia dispuesto que junto, no léjos de la cueva en que nació el Salvador, fueran depositados ó arrojados los huesos de los niños martirizados á causa de JESUCRISTO por el prototirano de la Iglesia.

Herodes no tardó á recibir el castigo merecido á su incomparable crueldad.

Hé ahí cómo el historiador Josefo cuenta los detalles de la enfermedad que le condujo prematuramente al sepulcro. Hay crímenes que Dios castiga ya en la vida, porque su enormidad reclama pronta expiacion:

«Un ardor lento consumia y devoraba su pecho, un hambre insaciable le tenia continuamente desazonado; ulcerados estaban sus intestinos, lívidos y hendidos sus piés, contorcidos sus nervios, su respiracion pesada y tan corrompida, que era imposible permanecer en su compañía ni siquiera por rápidos momentos. La parte inferior de su abdómen se convirtió en criadero de gusanos que roian su carne.» Tal fue la situacion de Herodes, quien, á pesar de sentir vivamente la mano de Dios que le heria, no quiso inclinar su frente ante el cielo. Falto de resignacion intentó varias veces apelar al suicidio. Ya es costumbre, providencialmente establecida, que los déspotas que han azotado sin piedad á culpables é inocentes, sean los que menos sepan arrostrar los infortunios de la vida. Desesperábanle las úlceras abiertas en su cuerpo, á él, que tantas úlceras de dolor habia abierto en ajenos corazones; irritábase ante la muerte él, que impávido, á tantos inocentes habia arrojado al sepulcro.

Y como á monumento eterno de la ultrabarbarie del primer perseguidor de JESUCRISTO, queda consignada en la necrología de aquel mónstruo la orden que dió á su vicegerente, de que al espirar se degollara á una porcion de personas distinguidas, á fin de que no gozara el país mientras sufriere su familia.

Su muerte fue la señal de una explosion de regocijo.

Josefo afirma que no se ha conocido príncipe mas iracundo, ni mas injusto que Herodes; ni tampoco quien le aventajara en fortuna, pues nacido en la oscuridad llegó á sentarse en el trono, y se sostuvo en él, no obstante las continuas y graves vicisitudes de toda especie que agitaron su reinado.

Pasemos ahora á ver los episodios de la expatriacion de JESUCRISTO á Egipto, ¡qué diferente colorido el del cuadro que va á describirse á nuestra vista, del que acabamos de examinar, lleno el pecho de santa indignacion!

## Jesucristo expatriado.

En los albores de su vida mortal JESUCRISTO, que venia á reconstituir la patria terrenal del género humano, quiso devorar las amarguras de la expatriacion. La crueldad de Herodes, decretando la muerte de los niños hebreos, llenó de sobresalto á la Virgen Madre, cuya angustia incomparable no procedia de la falta de fe en el cumplimiento de la redentora mision de su divino Hijo, sino de la certidumbre de que iban á presenciarse las escenas desoladoras de un despotismo que habia de antemano inspirado sentidos lamentos á un profeta glorioso. Sabian los augustos desposados de Nazaret que no faltaria un portento que salvara de la muerte al que venia á vivificar al mundo; empero apesadumbrábalos la certidumbre de que los enemigos jurados de la redencion agotarían los recursos de su inmenso poder para apresurar el deicidio, llevando la persecucion hasta los límites de lo imaginable. La perspectiva del degüello de mil inocentes criaturas y del dolor de tantas madres acongojaba el corazon de la que Dios habia predestinado para ser tipo perfecto de maternales sentimientos. Enjugar las lágrimas de los afligidos era la aspiracion de aquella familia santa, que veia inminente que antes de ser consuelo de desconsolados, era causa involuntaria del derramamiento caudaloso de sangre pura. ¿Posturábase la sentimental Virgen ante el Altísimo, y exhalando la expresion elocuente de sus humanitarios afectos, suplicábasele se dignara librarle del dolor de ser testigo presencial del gran crimen, de la tremenda hecatombe? misterio es este que ha de quedar velado al historiador. Todo lo elevado y exquisito puede suponerse en aquella alma, destello el mas perfecto de la generosidad divina.

Jesús no podia morir aun; pero podia padecer. El eterno Padre, sin privar á su Unigénito la gloria de este padecimiento, decretó el dolor de la expatriacion, amenguado por el lenitivo que proporcionó al corazon de María y José el alejamiento del teatro de las herodianas crueldades.

El ángel del cielo, aparecido en sueños á José, expresó que era voluntad soberana dejaran el patrio suelo él, el Hijo y la Madre y se dirigieran á Egipto. La orden fue inmediatamente cumplida. La tierra de los patriarcas era indigna, por su ingratitud, de hospedar al Esperado de las naciones. Egipto obtenia el privilegio de ser el refugio del Salvador, recogiendo la gloria cuyo esplendor desconocia la Judea.

Las penalidades de los expatriados de todas las épocas iban á ser santificadas pasando por el corazon sacrosanto del Niño-Dios. Las almas de los Patriarcas que sufrieran en Egipto el destierro sintiéronse poseidas de santo alborozo. El CRISTO iba á sudar sobre los campos que ellos regaron con su sudor; iba á llorar sobre la tierra en que ellos lloraron; iba á sufrir allí mismo donde ellos tanto sufrieron; el desierto, que ellos habian recorrido esperando la posesion del país prometido, iba á recorrerlo Aquel por cuya fe ellos combatieron peregrinando; sobre las huellas de sus pasos iba á imprimir la divina planta el Descendiente de Abraham; JESÚS iba á sumirse en los recuerdos del país que ellos habian recorrido y á esperar el regreso á aquella patria, dulce y constante ideal de sus esperanzas.

La poesía cristiana ha encontrado en la tradicion religiosa temas fecundos para admirables descripciones de aquel viaje maravilloso. La fe y la ternura de la piedad legaron á la historia cuadros verdaderamente conmovedores de los trabajos padecidos por la desterrada familia, en aquel período de penuria y de peligros. Ningun itinerario será recorrido por tantas imaginaciones fervorosas como el de Nazaret á Heliópolis. Solos lo trazaron los tres sagrados viajeros; pero los santos y los poetas de todos los siglos los han acompañado despues con respeto y admiracion.

# ARMONIAS ENTRE GONOS Y PESARRES.

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSE.

POR D. JOSE PALLÉS.

Los volúmenes tomos en 4.º, a 57 rs. en pasta; a 100 entregas á cuenta de cada uno, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar convenientemente los que guste.

# LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Señor. 36.º Folios. 1.º Folio. 1.º Folio.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una Vista de Jerusalén. A 73 rs. en pasta; á 212 en tres de 8 páginas, á cuenta de cada uno.

# AÑO DE MARIA.

Consta de seis tomos en 4.º, ilustrados con 60 láminas. Cada tomo comprende dos meses.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

Trata en forma de historia para nuestros días. Ilustrada con láminas y grabados. Cada tomo de 80 páginas, con 10 rs. en pasta.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con ilustración de color, formando cada tomo dos láminas, que contienen cuatro láminas de tamaño real de José, de papel blanco y fuerte, con el texto explicativo. Al dorso de cada tomo, y á las columnas, va el texto explicativo. El precio de cada tomo es de 10 rs. en cada tomo, con el correo y otro conducto, de manera que no puedan malograrse. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. Van publicadas 23 entregas.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA.

Trata las revoluciones de Francia desde su origen hasta el presente.

Consta de tres tomos en 4.º, de 400 páginas cada uno, con 100 láminas y grabados. Cada tomo de 100 páginas, con 10 rs. en pasta.

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con ilustración de color, formando cada tomo dos láminas, que contienen cuatro láminas de tamaño real de José, de papel blanco y fuerte, con el texto explicativo. Al dorso de cada tomo, y á las columnas, va el texto explicativo. El precio de cada tomo es de 10 rs. en cada tomo, con el correo y otro conducto, de manera que no puedan malograrse. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. Van publicadas 23 entregas.

Tras tomos en 4.º mayor, á 212 entregas de 8 páginas, con 10 rs. en pasta. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará el abonarse á su conveniencia.

# EL REMORDIMIENTO.

# Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con ilustración de color, formando cada tomo dos láminas, que contienen cuatro láminas de tamaño real de José, de papel blanco y fuerte, con el texto explicativo. Al dorso de cada tomo, y á las columnas, va el texto explicativo. El precio de cada tomo es de 10 rs. en cada tomo, con el correo y otro conducto, de manera que no puedan malograrse. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. Van publicadas 23 entregas.

# ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS HISTORIAS CITOLOGICAS.

Trata de la vida de los santos y de sus virtudes. Cada tomo de 80 páginas, con 10 rs. en pasta.

# ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses

## HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.— LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.